Ferdinando Frega – Nando the Scribe

NOBODY EVER TELLS THIS STORY



Ferdinando Frega – Nando the Scribe

Gillettenarrative.com

GILLETTE: NADIE CUENTA NUNCA ESTA HISTORIA

Al final de la Segunda Guerra Mundial, todos estaban agotados.

Los derrotados perdían todo lo que habían pasado años consolidando. Los vencedores habían ganado la guerra, pero ahora tenían que decidir qué aspecto tendría el futuro.

La gente estaba cansada, y sin embargo esperanzada. Nadie estaba dispuesto a rendirse. Así es la naturaleza humana. Pero no olvidemos nunca que detrás de cada hombre suele haber una mujer, aunque la historia rara vez la mencione.

América exportaba su know-how para ayudar a reconstruir economías destrozadas. Al mismo tiempo hacía lo que América siempre ha hecho mejor: negocios. Las fábricas crecían, los beneficios crecían, y cada año aparecían productos nuevos. Algunos respondían a necesidades existentes. Otros creaban deseos que la gente ni siquiera sabía que tenía. Hacia finales de los años cincuenta, montañas de preservativos inundaron el mercado. La razón oficial era bastante simple: protección contra las enfermedades. Nadie quería morir.

Pero toda medalla tiene más de una cara.

El producto no era especialmente barato, y usarlo con regularidad exigía cierto compromiso del bolsillo. Se convirtió en una pequeña inversión.

Todo el mundo llevaba al menos uno. Escondido. Doblado. Camuflado en la cartera, esperando la emergencia oportuna.

El resultado era previsible.

La natalidad empezó a caer.

La primera empresa en darse cuenta fue un fabricante alemán de biberones y chupetes. Los contables lo vieron antes que nadie. Las ventas bajaban. El consumo bajaba. Menos bebés significaba menos clientes.

Siguieron reuniones.

Siguieron planes.

Se propusieron inversiones.

Pero había un problema de fondo.

Los bebés no se compran en un laboratorio.

Tienen que nacer. La empresa se esforzaba por encontrar una solución. Nada parecía funcionar.

Entonces el dueño decidió visitar a un cliente italiano importante cerca de Nápoles, un gran mayorista con un talento notable para mover grandes volúmenes de mercancía.

La reunión de negocios fue bien.

Esa noche, el cliente lo invitó a cenar.

Después de la cena, en perfecto estilo italiano, se informó al invitado de que se le había dispuesto una «manta» para la noche.

Solo que no era una manta cualquiera.

En el dormitorio lo esperaba una rusa de setenta y cinco años que aseguraba con aplomo tener cuarenta.

Según ella, la compañía venía primero.

El dinero era solo una justificación.

Insistía en que la gratitud lo explicaba todo.

El alemán no estaba del todo convencido.

Yo tampoco.

De hecho, sonaba sospechosamente como yo y mi maldita propuesta de un dólar.

Cuando terminaron su ritual nocturno, el empresario alemán se relajó por fin lo bastante como para confesar el problema que lo atormentaba.

La rusa escuchó con paciencia. Luego, como hacen las mujeres desde hace siglos mientras los hombres celebran reuniones, produjo la idea del siglo.

«Monta tu propia fábrica de preservativos».

El empresario se la quedó mirando.

No entendía qué tenían que ver los preservativos con los biberones y los chupetes.

Al ver su desconcierto, ella siguió.

«La materia prima ya viene del sudeste asiático. Los costes de producción pueden mantenerse bajos. El transporte apenas afecta al precio final. Vende productos de calidad a precios asequibles. Considera parte del margen una inversión».

El alemán seguía sin ver la conexión.

Entonces llegó la idea de verdad.

«Por cada cien preservativos producidos, haz diez defectuosos».

El empresario casi se atraganta.

«¿Defectuosos?».

«Solo un agujerito. Del tamaño de una aguja. Invisible».

Silencio.

Luego ella añadió:

«De lo demás se encargan los bebés».

El alemán estalló en carcajadas. Era alemán, al fin y al cabo, y los alemanes suelen preferir las estadísticas a los milagros.

Pero en el vuelo de vuelta, la risa se apagó.

La idea quedó.

Luego se hizo pensamiento.

Luego posibilidad.

Luego mantra.

Al final llamó a la rusa y la invitó a sumarse al proyecto.

Le ofreció libertad total en cuanto a la retribución.

Cualquier cifra que quisiera escribir en su cheque mensual sería aceptada.

La natalidad se recuperó.

El consumo se recuperó.

El negocio de los biberones se recuperó.

Y, con el tiempo, la gente casi se olvidó de los preservativos.

Algunos hasta empezaron a lavarlos, tenderlos a secar y volver a usarlos.

Un poco de magia napolitana.

Ferdinando